

Especiales de Giro» (DEG). En esencia, los DEG son simples partidas contables en una cuenta especial llevada por el Fondo, asignados a cada país afiliado en proporción a su respectiva cuota, y que, normalmente, sólo podrán ser usados por un Estado si tiene déficit en su balanza de pagos o está perdiendo divisas. El esquema de los DEG, si se pone en marcha, una vez limadas las diferencias existentes en torno a él, puede proporcionar el aumento de la liquidez internacional, según algunos economistas, aunque para otros posee poderes inflacionistas o, como apuntaba Milton Friedman en 1969, se halla obsoleto.

En la reciente reunión del Fondo hubo cierto «consensus» en torno a problemas tales como la necesidad de mantener el sistema de paridades fi-

jas, aunque con una mayor flexibilidad, etcétera, y, como no podía ser menos, también se puso en evidencia la disparidad de las tesis francesas y norteamericanas acerca de la conversión de las actuales reservas, si bien y en última instancia prevaleció la aceptación de una futura reforma basada en las líneas citadas. Esta reforma, sin embargo, no se iniciará con muchas prisas, ya que tendrá que esperar a la reforma previa del comercio internacional —propuesta por Nixon— y a que se salde el déficit de la balanza de pagos norteamericana, que, a pesar del recorte de su moneda y de la amplia campaña de promoción de exportaciones, ha registrado un sensible empeoramiento en el presente año. ■ R. V. P. G.

R. F. A.

EL EMIGRADO BRANDT

Un periódico conservador alemán acaba de describir lo que, en opinión del articulista, va a suceder el 19 de noviembre próximo: «Disgustado por la derrota que le han infligido los electores, y consciente de que su carrera política está acabada, Willy Brandt se retirará a Noruega, de donde salió, después de acabada la guerra, para conquistar el poder».

Estas palabras pueden dar idea del encarnizamiento y la baja de una campaña electoras que será, sin duda, la más dura que ha conocido hasta la fecha la República Federal. (Los social-demócratas dispondrán para su campaña de una suma de doscientos millones de marcos, es decir, unos cuatro mil millones de pesetas.)

Los empresarios han tomado claramente partido contra Willy Brandt. Uno de sus representantes ha declarado: «El canciller es un hombre relativamente razonable, pero los jóvenes social-demócratas que le rodean y cuya influencia crece cada día, quieren acabar con el régimen de libre empresa».

La Iglesia católica, cuya influencia sigue siendo grande en Alemania, no le tiene tampoco más simpatía al dirigente social-demócrata. En una circular confidencial dirigida a sus fieles por un dignatario de la Iglesia podemos leer, por ejemplo, lo siguiente: «Willy Brandt no ha hecho nada —y esto es lo menos que se pueda decir del canciller— en defensa de los valores de la civilización cristiana».

Pero hay algo más grave aún: El ex ministro de Economía y Finanzas del canciller, Karl Schiller, antes «locomotora» electoral de los social-demócratas, se une a los adversarios de Willy Brandt. Tras haber presentado su dimisión del Gobierno y del partido, Schiller ha declarado: «Willy Brandt renuncia a los principios de la economía de mercado en favor de otras soluciones de tipo dirigista».

Para Willy Brandt esta acusación es grave, pues recoge los temas esenciales de la campaña montada contra él por los dirigentes cristiano-demócratas, Rainer Barzel y Franz-Josef Strauss, y tal vez pronuncia una próxi-

ma adhesión del ex ministro de Economía a la CDU. La adhesión de Karl Schiller al partido cristiano-demócrata privaría a los social-demócratas de un gran número de electores moderados que se apartaron en 1969 del partido conservador para dar una oportunidad a una social-democracia que llevaba ya demasiado tiempo alejada del poder. Y, sin embargo, Willy Brandt ha tratado por todos los medios de complacer a este sector del electorado. Su afán constante ha sido moderar las reivindicaciones sindicales. Respetuoso hacia los poderes establecidos, temeroso de toda audacia, el canciller no ha querido sacar de los cajones las proyectadas reformas de la enseñanza, la legislación fiscal y las estructuras industriales. ¿A qué se debe, entonces, ese odio extraordinario que provoca Willy Brandt y que lleva a algunos periódicos conservadores a insultarle y calumniarle?

«La burguesía alemana —ha escrito recientemente un sociólogo— no ha podido jamás superar su profunda aversión hacia una social-democracia en la que siempre ha visto, no tanto una amenaza para su poderío cuanto la expresión de una fuerza liberal tendente a modificar, aunque sea ligeramente, el rostro del país».

¿Ejemplos? Barzel y Strauss han considerado humillante el gesto de Willy Brandt arrodillándose en Varsovia ante el memorial judío. Tampoco han apreciado más su «liberalismo» frente a la juventud alemana. Sobre todo, nunca le han perdonado el que emigrase a Noruega en plena guerra; es decir, según ellos, «en un momento en que se jugaba el destino del país».

Habiendo perdido la mayoría en el Parlamento, habiendo sido objeto de la traición de algunos de los suyos, ¿será también postergado Willy Brandt por los electores alemanes? «De hecho —afirma un comentarista político—, se trata de saber si el pueblo alemán desea conservar un Gobierno que refleja una corriente liberal o si quiere, por el contrario, volver al conservadurismo tradicional. Y esto interesa no sólo a Alemania, sino también a sus vecinos». ■ GERARD SANDOZ.

Cuando yo era un párvulo (¿he dejado de serlo?) me asustaban en el colegio con la posibilidad de una aparición punitiva del señor Gil Robles. El borrón en el cuaderno donde hacía las primeras letrujas, el exceso de charla con el compañero de banco, se atajaban con la amenaza de la maestra: «Si

eres malo, vendrá Gil Robles y te llevará». A los amiguitos que iban a la escuela vecina, les amenazaban con la furibunda irrupción de don Manuel Azaña. A ellos les explicaban que Azaña tenía cuernos y rabo. En mi escuela no eran tan tremendistas: no había aditamentos para Gil Robles. En el jardincillo nos intercambiábamos informaciones acerca de nuestros espantajos. ¡Eso sí que era enseñanza politizada!

Lo que son los reflejos condicionados... Hoy, que he pasado de la edad provecita, no consigo oír el nombre de Gil Robles con tranquilidad. Hace poco le encontré en una comida de las que se llaman políticas, y lo que debía haberme parecido simplemente un bondadoso y tranquilo anciano de recta palabra, me produjo taquicardia. Leo ahora sus declaraciones al «Noticiero Universal»: no en vano dejo de decirme que si viviese aún mi maestra —cosa que no creo, debido a los históricos sucesos que se produjeron después con una solución manifiestamente inversa a lo que creo que debía ser su mitología personal— aprobaría, sin duda, las sabias doctrinas de este antepasado, en busca de políticos que garanticen la vía hacia «un sistema auténticamente representativo y democrático sin apelaciones deformantes»; políticos «que no tengan miedo a la opinión bien informada y que busquen, por el contrario, una efectiva fiscalización de sus actos; que rijan con austeridad y publicidad los caudales públicos: que estén empapados de la idea de que el cargo público que se ocupa no es un derecho personal que hay que defender a toda costa con egoísmo desmoralizador, sino una carga pesada que se soporta con generosidad y con renuncia...». En vano leen estas palabras mis ojos que, diminutos, vieron en la Puerta del Sol el gran carte-



«¿QUE VIENE GIL ROBLES!»

negro». ¿Era el señor Lerroux ese modelo de político austero capaz de regir los caudales públicos? En vano leo, recuerdo, trato de documentarme. Ya no entiendo nada. Claro que el señor Gil Robles está hablando de los políticos «del mañana» —como dice la encuesta— y no de los del ayer. Pero, ¿en qué tiempo está emplazado el señor Gil Robles? ¿En el ayer, en el hoy, en el mañana? ¿El tiempo es un continuum? ¿Soy yo el que pasa y el tiempo —Cronos, Saturno, Gil Robles— el que permanece? Algo he visto de esto en el teatro: Priestley, Lenormand. Quizá «La vida es sueño». Segismundo, que entra y sale de su caverna —¿qué resonancias políticas trae la palabra caverna!— sin saber bien lo que es sueño, lo que es realidad: Segismundo asiste a la política de su tiempo —con qué cuidado la situó Calderón en Polonia...—, de la que él es hijo y protagonista, y no sabe si está en ella o fuera de ella. La política, ahora, se hace de cuando en cuando onírica. Me tiendo en el diván del psicoanalista y hablo. ¿Me escucha usted bien, doctor Freud? El doctor Freud me explica —como puede— lo que es el «déjà vu», el «déjà vecu»...

Y yo me voy adormeciendo...
... Estoy otra vez en el banco de la escuela. Voz de la maestra: «Si hablas demasiado, vendrá Blas Piñar y te llevará»; y grita otra maestra: «Y si no, vendrán los maoístas y te drogarán...». Y yo me esfuerzo en hacer bien rectos mis palotes, me esfuerzo en que mis letrujas no digan más que lo que me dicta la maestra. Porque quizá no vengan nunca los espantajos; bastará con que ella misma avance hacia mí con su palmeta para hacerme callar.

¿Hace cuarenta años? ¿Hoy? ¿Mañana?

El tiempo, decía Einstein, es una abstracción... ■

POZUELO